



Fundación Universitaria
de Ciencias de la Salud
FUCS



División de Bienestar
Universitario



Palabras con alma

3^{er} concurso de cuento corto y poesía FUCS

Categoría Cuento Corto:

Primer puesto

Bocados

Autor: Marceladriana
Egresada Esp. Gerencia de la Calidad y Gestión Clínica

Segundo puesto

Los Húngaros

Autor: Sandra Marcela Rodríguez
Docente Facultad de Ciencias Administrativas

Mención especial

Tercer puesto

Al Espejo

Autor: Daniela Merlano
Estudiante Esp. Psicooncología

Categoría Poesía:

Primer puesto

Obsesivo Compulsivo

Autor: Nathalia Andrea Cerón
Estudiante Esp. Genética Médica

Segundo puesto

Resurge

Autor: Angelam
Estudiante Medicina

Mención especial

Tercer puesto

A mi paciente

Autor: José David Sanabria
Docente Maestría en farmacología

Literatura **=** bienestar



1er puesto cuentos

Bocados.

Marceladriana

El doctor Bessudo llegó con pocos enseres. Sonrió al ver su nuevo hogar.

—Cero tecnología y alejado, me encanta —. Se sacudió el polvo y miró alrededor.

Una casa humilde con fachada de cal en la calle principal, sin pavimentar. Por el frente, el consultorio, adentro el sillón con lámpara de luz blanca. En la parte posterior, cama, mesa, estufa de dos puestos y un refrigerador.

El pueblo nunca había tenido dentista, pero sabían, por rumores, que existían doctores para los dientes.

Al siguiente día colgó un letrero sobre la puerta:

DOCTOR BESSUDO

DENTISTA

«SIN DIENTES SANOS NO EXISTES»

Unos comentaron que era amable, otros, que tenía los dientes extraños.

El primero en buscar su ayuda fue Benito. Llevó a Nacho que tenía dolor de muela y no quería trabajar como sus demás hijos.

—Vamos a ver esa muela —dijo el doctor revolviendo el cabello del niño—. Benito, espere aquí.

Don Benito escuchó un gemido y luego, silencio. Minutos después golpeó la puerta. El dentista salió sonriente mostrando sus dientes de sierra.

—¿Y mi muchacho?

—¿Cuál muchacho?

—Pues el Nachito.

Bessudo señaló el letrero: «Sin dientes sanos no existes», leyó.

—Piénselo, un hijo sin salud es una carga, una boca más y una mano de obra menos. No sirve.





El hombre se rascó la cabeza.

—¿Será?

—Claro que sí —dijo, y pasó la lengua sobre los dientes.

Don Benito se fue pensativo. Días después la familia se veía tranquila. Había más comida y espacio en la casa.

Doña Cruz acudió a Bessudo con su hija menor que tenía una mejilla hinchada.

—*Dotorcito*, échele ojo a mi Carmencita que llora del dolor. Ya ni dormir deja.

Bessudo, la metió al consultorio dejando afuera a doña Cruz. Se oyó un grito ahogado y luego, nada. La mujer golpeó en la puerta. El dentista salió con la acostumbrada sonrisa.

—*Dotor*, ¿cómo le fue a mi Carmencita?

—Doña Cruz, Carmencita no existe —dijo señalando el letrero.

La mujer, confundida, se fue y esa noche todos pudieron dormir en casa.

Meses después, el pueblo había mermado en habitantes. Los que quedaban eran activos y sanos. Todos se preocupaban por la salud dental.

El doctor Bessudo sintió orgullo de su labor. Tomó un afilador y rastrilló cada uno de sus dientes. Abrió el refrigerador y sacó unos huesos carnudos. Royó varios hasta dejarlos limpios. Mientras, vigilaba la sopa espesa a punto de hervir.



2do puesto cuentos

Los Húngaros

Sandra Marcela Rodríguez

-Metan las cosas ahí, nadie las va a coger - le dijo mi abuela a dos personas que habían llegado a la casa trayendo muebles y objetos para dejar en la enramada, y nos advirtió: nadie puede tocar las cosas de los húngaros.

Yo tenía siete años y "húngaros" era una palabra extraña. No pregunté.

Volvían de vez en cuando y traían pan para mi abuela. La señora tenía mejillas rosadas, ojos azules y pelo blanco. Se vestía raro, con faldas largas y de colores. Él era señor de piel muy blanca, gordo y alto, vestía saco de lana y pantalón color café. Tenían un olor extraño, no sabía qué era. Mamá decía que olían a cigarro y a guardado.

Un día mi abuela salió al médico y con curiosidad, mi hermano y yo caímos en la tentación de entrar a jugar con las cosas de los húngaros, que olían igual que ellos. Había una silla mecedora que empujamos sin cesar, una lámpara, discos y libros con palabras que no entendía (aunque mi abuela decía que yo sabía leer desde los 4 años) y cajas llenas de otros objetos. Lo que más me llamó la atención era una muñeca de vestido verde y rojo, con ojos brillantes que parpadeaban. Tenía sus mejillas pintadas, su piel era suave y aterciopelada, parecía de verdad. Llevaba bolso, medias blancas y zapatos negros. Sentía miedo de tocarla, en mi cabeza retumbaba la advertencia de mi abuela, pero ¡era tan bonita!

No escuchamos cuando mi abuela entró. Cómo nada se rompió, no nos castigaron, pero dijo nuevamente: no toquen nada, ustedes no saben lo que esto significa para ellos. No volvimos a entrar a aquel cuarto, pusieron un candado en la puerta.

Meses después escuché que los habían llevado al hospital. Nunca los volví a ver.

Mi abuela murió años más tarde y nos fuimos dejando lo que estaba en aquel cuarto. Eran los años 60, los húngaros habían huido de su patria por el régimen comunista después de la segunda guerra. Más que cosas, era su hogar, sus recuerdos, su vida. Todo quedó en la enramada de la casa de la abuela.





3er puesto cuentos

Al Espejo

Daniela Merlano

Sus manos están temblorosas y no saben cómo calmarse, levanto mi lente y le miro atónita: es una paciente que conozco, pero que nunca he atendido, en una edad que ronda entre los veintitantos y según la historia, con un cuadro de evolución de aproximadamente, dos meses. Se ve pálida y distraída, anhedónica, se puede ver a simple vista que le costó haber venido a la sesión, parece incomoda en esa silla, como si no quisiera estar aquí; parece que tiene frío, a pesar de que la temperatura es de unos 30° y el aire acondicionado no enciende; sólo puedo limitarme a ver de reajo como empuña sus manos mientras las entrelaza con fuerza, como si solo su kinésica pudiese hablar por ella, porque de su boca mucho no saldrá.

Tiene unos ojos marrones grandes, pero que no dicen mucho, es como si el brillo se fuese lentamente apagando, como si hubiese intentado expresarse por mucho, y ya las palabras no las encuentra oportunas, ¿estará aquí por su voluntad? Sólo nos separa el escritorio. Es una evaluación difícil, ¿qué preguntarle a alguien que se nota que no desea emitir sonido pero que a su vez se puede entrever que su alma grita por un respiro? pero cuando ya hacer uso de las palabras no es una opción, ¿qué resta? Parece que tuviera el mar a punto de desbordarse pero también, parece demasiado orgullosa para quebrantarse en frente de su posible terapeuta; como si el orgullo fuese de por sí, el único mecanismo de afrontamiento y a su vez de defensa que cree pertinente a estas alturas, a pesar de saber, que puede que no sea el indicado. O quizá, sobrevienen demasiados pensamientos: por ahora, sólo puedo denotar unos ojos cansados que no concilian el sueño; o como si fuese la única manera que encuentra para huir de lo que le aqueja, pues cuando se levanta automáticamente se enciende un interruptor que le recuerda ese malestar que constantemente vive; aunque no lo diga, parece que sus opciones se han acabado, porque siempre ocurría lo mismo a final de cuentas, era una persona que prefería mil veces pensar a sentir, porque cuando sentía al parecer sentía de más y cuando ocurría, le ocasionaba varios dolores de cabeza, y de espíritu; le dolía la incertidumbre, y el hecho de que se estaba dando cuenta de tantas cosas que ni siquiera podía descifrar.





1er puesto poesía

Obsesivo compulsivo

Nathalia Andrea Cerón

Sé que no has fallecido
Y yo saldré a buscarte;
En tu soledad sumido
Y realmente desolado,
Solo, seguramente has desaparecido.

Piénsolo todo,
Que todo lo pienso.
Piérdolo todo,
Que todo lo pierdo.
Silénciolo todo
Que todo me duele.

Y en alusión a mi soledad, afligida,
Con el instinto averiado, sin experiencia.

Haberme yo perdido
Y ahora buscado.

Ansío lo imposible
Que todo lo ansío,
Suéñolo todo
Que todo lo sueño,
Que si al encontrarme, te encuentro,
Que acertado extravía.





2do puesto poesía

Resurge

Angelam

La resiliencia, virtud inquebrantable,
es la fuerza que en el ser humano habita.
Es la capacidad que lo hace indestructible,
ante las adversidades que la vida imita.

Es el coraje que brota del interior,
cuando todo parece estar perdido.
Es el poder de levantarse con amor,
después de haber sido herido.

La resiliencia es la luz que ilumina,
el camino lleno de obstáculos y piedras.
Es el combustible que nos enseña,
Que siempre hay una salida, aunque duela.

Es la valentía de enfrentar el miedo,
Y no dejarse vencer por el dolor.
Es la fe que nos guía en el sendero,
Y nos impulsa hacia un futuro mejor.

Por eso, si en algún momento te sientes perdido
Y la vida parece no tener sentido,
recuerda que la resiliencia es la clave,
Para volver a levantarte y salir adelante.





3er puesto poesía

A mi paciente

José David Sanabria

Mi pequeño guerrero, tan valiente y fuerte,
con tristeza en el corazón,
he visto tu lucha incansable
contra un mal que te causo dolor.

A veces la vida es dura,
y nos pone a prueba sin cesar,
pero tú has sido un ejemplo
en cada paso de tu caminar.

Te acompañé en todo momento,
con mi voz y con mi pasión,
y aunque no pudimos vencer
sé que diste todo lo que tenías en tu corazón.

La enfermedad no te ha vencido,
porque en tu alma has llevado
una luz que ha brillado intensa
y un coraje que ha sido un legado.

Hoy, amigo mío, te dejo descansar,
y aunque me duele decir adiós,
sé que siempre llevaré en mi memoria
tu fuerza, tu amor y tu valor.

Descansa en paz, mi querido paciente,
tu ejemplo seguirá vivo en mi mente,
y aunque tu cuerpo se haya ido
tu espíritu siempre estará presente.

